

## El lirio de los valles

Miguel Guerra Mondragón

**Y**o he leído el *Cantar de los Cantares* con espiritual arrobamiento y reverente fervor.

He abierto el Santo Libro con mano piadosa y he asistido a los divinos desposorios del Señor de los Cielos: mis ojos vieron ingravidas y aladas visiones que en su vuelo monstrábanme la escala gloriosa por donde asciende el Amor: de remotas lejanías llegaban melodiosos ecos a mis oídos, embriagándome con blanda música de suaves arpegios, y un fresco rocío caía lentamente sobre el alma, abriendo las flores de la esperanza y de la fe.

Misterioso y sutil simbolismo encierra el *Cantar de los Cantares*.

Los incrédulos y los ciegos de imaginación que no saben de alegorías y de imágenes; los que se vanaglorian de no sentir el Arte, único sustituto que pueden tener a falta de Fe; los fríos, los calculadores, no deben abrir los libros divinos cuyo lenguaje jamás podrán entender. Pero vosotros, los creyentes, los rectos de corazón, los imaginativos e iniciados, bañad vuestro espíritu en las aguas puras y cristalinas del *Cantar*, que corren rumorosas y plácidas sobre menudas y limpias arenas, y perfumad vuestras almas en el ambiente de myrrha del poema de los poemas.

¡Sea Dios loado porque mis ojos han visto y leído en el Cantar el Epitalamio sublime que ensalza la unión de Cristo con la «humana naturaleza», electa, elevada, purificada y exaltada hasta El! ¡Bendito mil veces sea ese poema dramático de líricas escenas, célico himno al amor del Rey y la Sulamita, la virgen hija de Pharaon: alegoría, símbolo e imagen de la alianza conyugal de Jesús y su Iglesia: elevación de la Esposa, de la Virgen Madre, la inmaculada, la purísima, la sin par!

Con sólo dos personajes –El Esposo y la Esposa– y un coro de jóvenes que les sirven de cortejo, compuso el rey poeta su gran Drama Nupcial. Drama sencillo y grande; idilio de almas puras que cantan sus

mutuos amores. Canto de amor al amor conyugal, en el que la carne se ha hecho alma y en el que la culpa no existe por ser ignorada.

Se atribuye el *Cantar de los Cantares* a Salomón, el más sabio entre los hombres, el que «pronunció mil parábolas y cuyos cantos fueron cinco mil». Canta Salomón al amor que se da sin reserva, al amor en reposo: toda la gama del amor. Leed el *Cantar*:

«Esposa.—¡Oh, tú, el querido de mi alma! Dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía, para que no tenga yo que ir vagueando tras de los rebaños de tus compañeros.

Esposo.—Si lo ignoras, ¡oh, hermosísima entre las mujeres!, sal afuera y ve siguiendo las huellas de los ganados, y guía tus cabritillos a pacer junto a las cabañas de los pastores de mis ovejas.

Esposa.—Manojito de murrha es para mí el amado mío: entre mis pechos quedaráa.

Esposo.—¡Oh y qué hermosa eres, amiga mía! ¡Cuán bella eres! Son tus ojos vivos y brillantes como los de la paloma. De flores es nuestro lecho. Como azucenas entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes.

Esposa.—Como el manzano entre árboles silvestres, así es mi amado entre los hijos de los hombres. Sentéme a la sombra del que tanto había deseado, y su fruto es muy dulce al paladar mío. Introdújome en la pieza en que tiene el vino más exquisito, y ordenó en mí el amor. ¡Ea!, confortadme con flores aromáticas, fortalecedme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor.

Esposo.—¡Oh, hijas de Jerusalem!, os conjuro por las ligeras corzas y ciervos de los campos, que no despertéis a mi amada hasta que ella quiera.

Esposa.—Mi amado es todo para mí, y yo soy toda de mi amado; el cual apacienta sus rebaños entre azucenas. Yo soy la flor del campo; yo soy el libro de los valles...!»

Un hálito de flores emerge de estos versos. En lecho de blancas azucenas reposa la Esposa a la sombra del que es manzano entre los árboles silvestres. Ella es toda del amado y desfallece en casto abandono... como muere el incienso de los templos, ardiendo y llenando el aire de perfumes que ascienden a lo alto. ¡Oh, Cristianismo victorioso que has dado el triunfo al alma! ¡Oh, ideal santo que has hecho alma de la carne! Hijas tuyas son Beatriz y Eloísa y Desdémona, la que muere cantando, como los cisnes; hijas tuyas son nuestras madres santas, nuestras esposas castas y sublimes, ángeles del hogar; hija predilecta tuya es Ofelia, la virgen radiante que teje guirnaldas de flores, la que no regala violetas porque marchitáronse todas el día que murió su padre... Esa victoria es sólo tuya, Cristo redentor, que no podrán quitarte los siglos enteros de escepticismo. Tuya es la gloria, Tú has creado la familia porque primero formaste la Esposa, toda alma y amor y santidad; sostén del caído, faro del luchador caminante y alivio del pesaroso.

Y dice la Esposa: «Nigra sum, sed fermosa, filiae Jerusalem... Nolite me considerare quod fusca sim: quia decoloravit me sol.»

La alegoría de estos últimos versos encontró feliz explicación en la pluma inmortal de Abelardo, el gran genio del siglo XI, aquel gran ser de la historia patética de amor. En carta que a Eloísa escribiera, emancipadas ya las almas del yugo carnal, dijo así Abelardo:

«Tales palabras pintan, en general, el alma contemplativa que se llama especialmente la esposa de Jesucristo, y a ti se refieren con tanta mayor exactitud, cuanto que el hábito que llevas se conforma con ellas.

Ahora bien, aquella Etiópica es negra, y parece, a juzgar por el exterior, menos hermosa que las demás mujeres; pero no resulta inferior a ellas en bellezas ocultas y hasta, en algunas partes es más linda y más blanca, como en los huesos y en los

dientes... Así es negra por fuera, pero bella por dentro, porque en esta vida las frecuentes adversidades y las tribulaciones que la afligen corporalmente, ennegrecen la superficie de la piel, según las palabras del Apóstol: «Toda la gloria de la hija del Rey procede del interior».

Es negra exteriormente porque, en esta vida pasajera donde se encuentra desterrada, se resigna a la abyección y a la humillación, hasta que se eleve a esa otra vida que está oculta como Cristo en el seno de Dios, patria celeste que le pertenece.

El sol así ha cambiado la coloración de su piel, porque el amor de su divino Esposo la humilla y la llena de tribulaciones por miedo a que la prosperidad la enorgullezca; cambia su color, es decir, lo hace diferente del de las demás mujeres que aspiran a los bienes terrenales y buscan la gloria del siglo, a fin de que se parezca, por su humildad, a los lirios de los valles, y no a los lirios de las montañas, como esas vírgenes locas que, muy orgullosas de su pureza carnal y de su continencia aparente, se queman interiormente, abrasadas por el soplo de las tentaciones.

Con razón cree que es amada y que tiene derecho a penetrar en el aposento del Rey, porque es negra y bella como está escrito. El aposento del Rey significa el retiro y el reposo de la contemplación, esa cámara, en fin, de la cual dice en otra parte: «Durante las noches, he buscado en mi estancia a Aquél que mi alma adora». Porque el color negro que perjudica su belleza busca la sombra con preferencia a la luz, el misterio con preferencia a la publicidad...

Según esta metáfora, la esposa espiritual, después de haber dicho «negra soy, pero hermosa», añade enseguida: «He aquí por qué el Rey me ama y me ha introducido en su aposento». Así da una razón a cada extremo: «Porque soy hermosa, me ama; porque soy negra, me ha introducido en su aposento».

Bella interiormente, como he dicho, por las virtudes que el esposo adora: negra exteriormente, por las adversidades y tribulaciones corporales.»

Y así, todo el *Cantar*. A las alegorías más esplendentes se suceden imágenes de oriental retórica, y por todo el poema se oye el mismo cristalino arroyo que corre manso y tranquilo bajo un mismo cielo de amor... Yo he leído el *Cantar de los Cantares* muchas veces, con espiritual arrobamiento y reverente fervor. Y siempre me postro de hinojos ante la Esposa, la Virgen Madre, la alegórica morena, «a quien ha morado intensamente el sol».

Abro el Libro Santo con piadosa mano y mis ojos ven ingravidas y aladas visiones que en su vuelo muéstranme la escala gloriosa por donde asciende el Amor: de remotas edades llega con melódico acento a mis oídos el eco de vidas no vividas que ansío vivir y un fresco rocío cae lentamente sobre el alma, abriendo las flores de la esperanza y de la fe.

Manos liliales acarician mi frente y un dulce perfume aspiro... Son las manos de nardo de la Esposa de mi alma, las que ahuyentan mis penas y calman mi inquietud. A mi lado está mi esposa, la azucena entre las espinas, mi lirio de los valles.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Miguel Guerra Mondragón, “El libro de los valles”, *Revista de las Antillas*, año I, número 3, mayo de 1913; pp. 17-19.